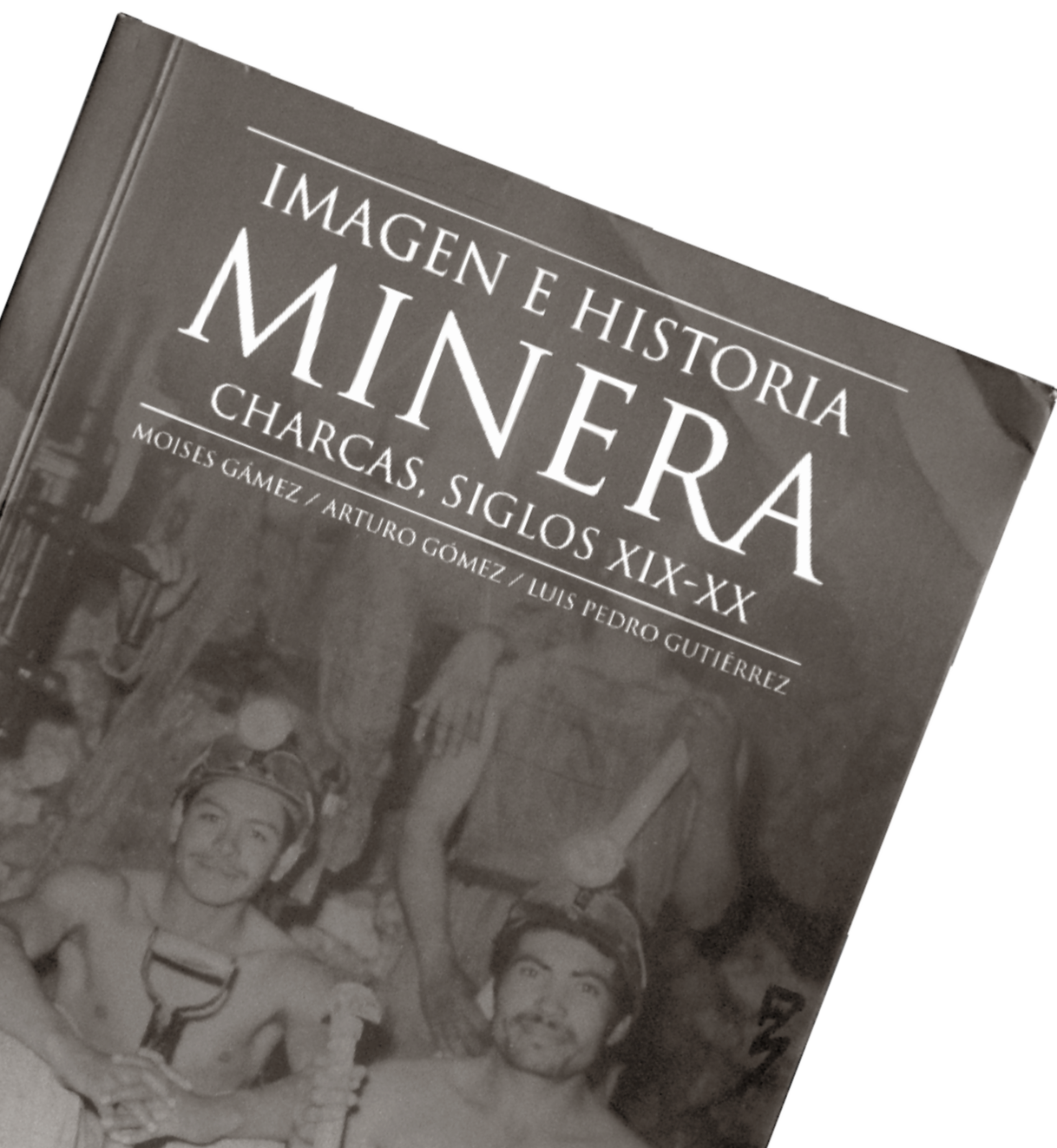


Rostros y vida minera  
en Charcas, San Luis Potosí

Oresta López Pérez\*



Moisés Gámez, destacado investigador, historiador de la minería, artista visual y pintor reconocido; Arturo Gómez, abogado que ha trabajado por igual temas de desarrollo social, justicia, género y cultura popular, ahora a cargo del proyecto de Cronistas Visuales de SLP, y Luis Pedro Gutiérrez, arquitecto, historiador, urbanista e investigador-participante de los destinos del patrimonio histórico de SLP. Los tres, desde sus propias perspectivas, logran un libro que aporta reflexiones valiosas y testimonios visuales de la minería y de Charcas.

La minería es la historia económica de Charcas y del San Luis decimonónico; ocupa un lugar vertebral —lo sabemos gracias al texto de Moisés Gámez—, y si exploramos los títulos mineros que se expidieron en esa época podemos conocer qué mineral se extraía, las dimensiones de la empresa explotadora y los datos particulares de sus empresarios.

Charcas fue impactado localmente por un fenómeno internacional de finales del siglo XIX. En el periodo que los marxistas llaman de acumulación de capital, Charcas fue el espacio donde se instalaron intereses de grandes empresas minero-metalúrgicas que usaban nuevas tecnologías, mayor y variado capital, e insertaban nuevas formas de administración.

Así, Charcas era objeto de saqueo de sus recursos en tiempos en que don Porfirio no cobraba impuestos a los inversionistas, pues la legislación para controlar la intervención de las empresas mineras aún era frágil. El desarrollo industrial en todo el planeta se proveía de nuevos minerales, no sólo los “preciosos” como el oro y la plata, dado que la expansión de las líneas de electrificación impulsó la producción de cobre. El hierro y la producción carbonífera fueron, también, cada vez más importantes.

Gámez trabaja la base de este libro —como especialista destacado de la historia de la minería en México— y aporta datos fundamentales para entender la forma en que se otorgaron las concesiones mineras en Charcas. Nos queda claro que la inversión minera es compleja y afecta profundamente los entornos donde se establecen las compañías extractivas y metalúrgicas, las que modernizan espacios, cambian los escenarios rurales, generan dinámicas contradictorias, donde la fuente de trabajo es también la fuente de enfermedades de sus habitantes; así viven la suerte de tener minerales y la desventaja de no poder generar empresas locales para los charquenses.

El estudio de la propiedad empresarial minera, como afirma Gámez, permite ver a un nutrido grupo de propietarios y empresarios nacionales, y a otros de apellidos extranjeros. Todos ellos algo aventureros, viviendo la dinámica internacional de capitales, donde los más pequeños se ofrecen como intermediarios de los grandes proyectos trasnacionales. Así, en esta región llegó a conformarse un tejido de relaciones y de intereses políticos y económicos, donde los moradores de Charcas, los nativos, tenían otra historia.

Luis Pedro Gutiérrez, sigue contando la historia y nos lleva al tránsito entre los siglos XIX y XX. Nos dice que los pequeños y medianos empresarios mineros, aun-

que con múltiples vínculos de poder, no afianzaron sus deseos de ser intermediarios de los mega negocios mineros, principalmente por su falta de flexibilidad para aprender de los nuevos ritmos internacionales del capital minero. Los peces chicos no podían entender el movimiento de los peces grandes, que se comportaban con intereses fluctuantes frente a nuevos minerales no preciosos, mientras la gama de posibilidades de los metales para uso industrial se definía por reglas desconocidas para los peces chicos. Gutiérrez aclara que Charcas no dejó de tener actividad minera a lo largo del siglo XX, incluso señala cuatro etapas:

[...] el primero en los albores, cuando las minas de Tiro General habían aumentado paulatinamente la producción; otro, a mediados de la década de los veinte, a través de enganches, a un gran número de los trabajadores mineros de los alrededores de la población. Es indudable que la llegada del grupo Guggenheim-Asarco, hacia 1911, dio un nuevo empuje y permitió el crecimiento paulatino en el volumen de producción mineral, hasta que, en 1925, esta sociedad logró inaugurar la planta de flotación selectiva. Otro momento que está bien definido es a partir del año 1986, en que la extracción de minerales se acrecentó considerablemente. [...] Entre 1992-1993 sus instalaciones fueron renovadas para aumentar la producción a 4,500 toneladas por día. (pp. 64-65)

Me puse a pensar en nuestras formas de clasificar el tiempo y cómo pueden pasar más sobre una región los tiempos de fluctuación de capitales que otro tipo de marcajes. Por ejemplo, para mí el siglo XX ha sido también un periodo en que hay nuevas voces que trazan nuevos espacios “sociales”. Ahora existen voces que buscan tener mayores regulaciones para las empresas mineras, incluso de orden ético (como lo que sucedió en Pasta de Conchos, al reclamar a la empresa justicia por sus familiares accidentados y la entrega de sus muertos). Asimismo la demanda de vigilancia ecológica por parte del Estado, acerca de la contaminación que genera en el ambiente la industria extractiva. Estas son nuevas interlocuciones que tiene la industria minera en el siglo XX, las nuevas marcas con que los académicos pensamos la minería.

El libro narra en forma precisa el proceso productivo, las alianzas de capitales, la modernización de las formas de producción, el impacto que tiene en la producción, la introducción de la energía eléctrica, la transportación motorizada de los metales en ferrocarril y por carretera.

También permite conocer las condiciones laborales de los mineros, de la silicosis “que padecían 16 de cada cien trabajadores”. La forma en que trataban de evitarlo echando agua antes de palear el mineral. Nos revela que ya existía resistencia a las prácticas invasivas y contaminantes de las minas: en 1925 se documentó el rechazo a los “jales” o montones de desechos, pues al contacto con el aire afectaban a muchos habitantes, y por estar cerca de los ríos también contaminaban el agua.

Gutiérrez muestra también el mundo del trabajo, ése donde los mineros no tenían la ropa adecuada para desarrollar sus labores, al andar descalzos y semidesnudos en las minas. Sólo hasta finales de 1940 Asarco dio botas de hule y ropa impermeable, y hasta los sesenta se usó la bota minera.



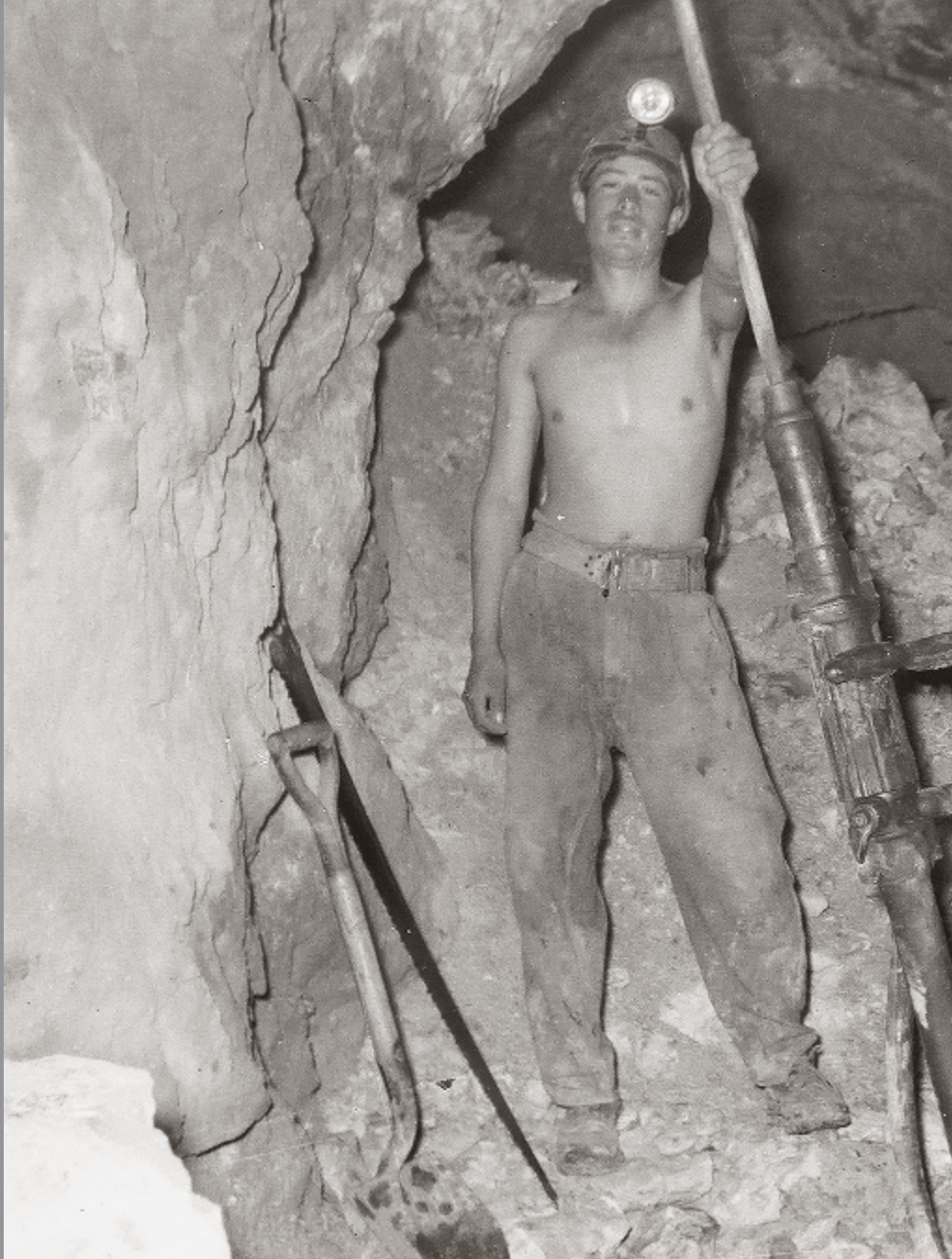


Alberto Zaragoza Mora  
*Mineros posando en el  
interior de la mina San  
Bartolo, ca. 1956,  
Charcas, SLP.*  
Col. Museo Regional  
Potosino/INAH

Arturo Gómez, autor del capítulo “Charcas visto por sus fotógrafos en el siglo XX”, nos lleva a otra dimensión, la de la producción de imágenes. Para Gómez, los fotógrafos de pueblo son cronistas visuales de la historia local, de la vida cotidiana, de la arquitectura, de los acontecimientos sociales, políticos y económicos. Sus fuentes para el estudio fueron las fotografías, los negativos, las entrevistas. El proyecto



se alberga en el Museo Regional Potosino, como parte de un esfuerzo más amplio por recuperar trabajos de los fotógrafos municipales. Nos habla primero de Alberto Zaragoza Mora, originario de Guanajuato, quien era periodista, fotógrafo, minero, ebanistero, artesano y electricista; trabajó para Asarco en el Departamento de Ferrocarril, después en el de Electricidad, siendo también electricista del Ayun-



tamiento y corresponsal de *El Sol de San Luis* en Charcas. Personaje interesante que además nos legó su autobiografía, y a todas luces aparece como un claro ejemplo de la intelectualidad obrera, sujeto que supo tomar conciencia de su papel social, pues sabía que su aporte a la crónica y a la memoria era importante por el íntimo conocimiento que tenía de los sujetos, de los oficios y del lugar.

Gómez afirma que los mineros experimentados conocen de las vetas superficiales con sólo mirarlas, y que Alberto Zaragoza retrató las minas desde el aire; no sabemos cómo lo hizo y con qué objetivo, pero además de las vetas dejó registros de tomas aéreas de su pueblo, también tomó película de 8 mm. Su legado visual de Charcas reúne material por casi medio siglo (falleció en 2004).



**Alberto Zaragoza Mora**  
*Maquinista en el interior  
de la mina San Bartolo,  
ca. 1956, Charcas, SLP.*  
Col. Museo Regional  
Potosino/INAH

También se incluyen en el texto las historias de José Cruz Carbajal y Joel Arriaga Cancino (su cuñado). Carbajal era originario de Aguascalientes, llegó a Charcas en 1912; trabajó desde muy chico en las minas llevando *lonches* a los trabajadores; después repartió leña para las casas de los empleados de confianza. Aprendió a lavar equipo de química y a manejar laboratorios mediante la enseñanza de un empleado estadounidense. Toda su vida la dedicó a la química minera, lo que le llevó a conocer el misterio del revelado de fotografías, la fotografía misma y el arte de hacer imágenes. En 1930 abrió su primer estudio fotográfico con un equipo para cajón marca Kodak, al tiempo que seguía trabajando en la química minera. Incorporó a familiares y discípulos a la fotografía. En 1985 se fue a vivir a SLP y montó un estudio en el que sólo pudo trabajar durante siete años porque murió



en 1992. Carbajal fue fotógrafo de la vida social, las fiestas cívicas, religiosas y deportivas. También registró imágenes de las visitas importantes de Charcas.

Joel Arriaga (cuñado de José Cruz Carbajal), charquense, era hijo de un panadero y comerciante ambulante, se interesó por fotografiar la arquitectura: templos, escuelas, calles. Empezó en la mina a los 17 años, después atendía por la mañana el estudio de José Cruz Carbajal. Fue también fotógrafo forense: retrataba a los muertos por accidente o asesinato, tomaba evidencias. Retrató, asimismo, a presidentes y grandes personalidades.

Joel Arriaga fue el primero en asistir a cursos para profesionalizarse y compraba material y servicios en la Ciudad de México. Logró hacer las primeras postales a color, continuó la obra del maestro Carbajal. Los hijos de Joel preservan la memoria del padre y maestro del padre.

**El mundo de las imágenes** Las fotografías que tiene el libro son magníficos registros del universo minero, de las instalaciones mineras, de la gente en el trabajo, en la fiesta y en la cantina (aparecen las fiestas de la cerveza Carta Blanca que ya desde principios del siglo XX “promovía” el deporte beisbolero). También escenas de la fiesta cívica, escolar y deportiva emergen en imágenes, como evidencias del orgullo de ser minero.

De igual forma quedaron en el registro: la Virgen del Rosario, las nuevas máquinas y talleres de la compañía, los poderosos transformadores que llevaron la energía eléctrica, la vida sindical, el ordenamiento que imponían los mineros para evitar abusos (como el derrame de leche adulterada) y hasta la casa y la familia del fotógrafo.

El libro cierra con un valioso anexo documental, un texto del ingeniero Joaquín María González, publicado en 1903, que ofrece un estudio de las minas a medio explorar que había en el territorio de Charcas, y demuestra lo barato que podía ser retomar la actividad minera, lo redituable de las minas en aquella época. Sin duda es un libro que cumple lo que ofrece: nos lleva al mundo de la historia minera y al universo de sus imágenes.

La imagen es —ahora lo sabemos— como un texto que se escribe, que se construye entre el fotógrafo y el fotografiado. Nosotros tenemos la oportunidad de intervenir e interpretar ese encuentro de miradas.

Joel Arriaga Cansino  
*Autorretrato en su estudio  
fotográfico en Charcas,  
ca. 1955-1965, SLP.*  
Col. Museo Regional  
Potosino/INAH

Los autores de este libro construyen un diálogo a tres voces y un juego de imágenes y miradas al pasado, que ofrece a los charquenses y a todos los lectores un material valioso para pensar en la vida minera y la memoria de Charcas. Nos permite navegar con la imaginación no sólo en el pasado, sino dando elementos para pensar en el presente y el futuro.

\*El Colegio de San Luis, A. C.

Texto leído por su autora el 25 de septiembre de 2008, en la presentación del libro *Imagen e historia minera Charcas siglos XIX - XX*, realizada en la Capilla de Aranzazu del Museo Regional Potosino en la ciudad de San Luis Potosí, evento en el que también participaron el maestro Juan Carlos Valdez Marín, director del Sistema Nacional de Fototecas del INAH y los autores del libro.

